

— Luego nuestro antiguo amigo está fuera de servicio...

— Ha muerto... ha muerto...

— ¡ Ah ! — exclamó Chicot compadecido ; — el hecho es que debía hacerse viejo.

— Diez y nueve años, amigo... sólo tenía diez y nueve años.

— Es un caso de longevidad sorprendente, — observó Chicot ; — sólo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

VI.

La penitente.

Panurgo, así llamado por el prior, se presentó al punto.

Por cierto que no era por su configuración moral ó física por lo que había sido elegido para reemplazar á su difunto homónimo, porque jamás cara más inteligente había sido deshonrada por la aplicación de un nombre de asno.

Á lo que el hermano Panurgo se asemejaba era á un zorro, en sus ojillos, su nariz puntiaguda y sus quijadas salientes.

Chicot le miró un instante, y en aquel corto tiempo pareció haber apreciado en lo que valía al mensajero del convento.

Panurgo se quedó humildemente cerca de la puerta.

— Acercaos, señor correo, — le dijo Chicot;

— ¿conocéis al Louvre?

— Sí, señor, — respondió Panurgo.

— ¿Y conocéis en el Louvre á un tal Enrique de Valois?

— ¿Al rey?

— No podré deciros si efectivamente es el rey, — dijo Chicot; — pero, en fin, así es como acostumbra llamarle.

— ¿Es al rey á quien queréis enviarme con una comisión?

— Precisamente; ¿le conocéis?

— Mucho, señor Briquet.

— Pues pediréis que os permitan hablarle.

— ¿Y me dejarán entrar?

— Hasta el cuarto del ayuda de cámara, sí; vuestro hábito es un pasaporte; pues, como sabéis, S. M. es muy religioso.

— ¿Y qué he de decir al ayuda de cámara de S. M.?

— Que vais de parte de la Sombra.

— ¿De qué sombra?

— La curiosidad es un defecto muy feo, hermano.

— Perdonad.

— Le diréis, pues, que vais de parte de la Sombra.

— Está bien.

— Y que vais por la carta.

— ¿Por qué carta?

— ¿Volvemos á las andadas?

— ¡Ah! perdonad, no me acordaba.

— Reverendo padre, — dijo Chicot dirigiéndose á Gorenflot; — decididamente me gustaba más el otro Panurgo.

— ¿Es eso todo lo que tengo que hacer? — preguntó el correo.

— Añadiréis que la Sombra le aguarda, siguiendo poco á poco el camino de Charentón.

— Entonces ¿debo ir á buscaros en ese camino?

— Perfectamente.

Panurgo se dirigió hacia la puerta y levantó la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

mampara para retirarse, pero le pareció á Chicot que al ejecutar este movimiento había descubierto á alguno escuchando.

Por lo demás, la mampara se cerró tan rápidamente, que Chicot no tuvo tiempo para cerciorarse si era una realidad ó una visión lo que acababa de figurarse.

La sutil penetración de Chicot le condujo casi á la certeza de que el que escuchaba era precisamente el hermano Borromeo.

— ¡ Ah ! ¡ Estás escuchando ! — se dijo interiormente ; — tanto mejor, porque en tal caso no te faltará tu ración.

— ¡ Conque al fin, — dijo Gorenflot, — el rey te ha honrado con una misión, querido amigo ?

— Sí ; con una misión confidencial.

— Se me figura que debe tener relación con la política.

— Á mí también.

— ¡ Pues que ! ¡ Ignoras la misión que llevas ?

— Sé que llevo una carta ; hé aquí todo.

— ¡ Algún secreto de Estado sin duda ?

— Creo que sí.

— ¡ Y no sospechas cuál sea ?

— ¡ Estamos bastante solos para que te diga lo que pienso ?

— Puedes hablar lo que quieras ; además, yo soy una tumba para guardar un secreto.

— Pues bien, el rey se ha decidido á socorrer al duque de Anjou.

— ¡ Es cierto ?

— Como que el señor de Joyeuse ha debido marchar ya de Paris con ese objeto.

— ¡ Y tú, amigo mío ?

— Yo voy hacia la frontera de España.

— ¡ Y cómo piensas viajar ?

— ¡ Toma ! Cómo otras veces ; á pie, á caballo, en carreta, según se me proporcione.

— Santiago te servirá de mucho en el camino, y has hecho muy bien en elegirle. ¡ Oh ! ya tiene letra menuda el picarillo.

— Confieso que me agrada mucho.

— Y eso hubiera bastado para que yo te lo cediese, amigo mío ; pero, por otra parte, creo que te guardará perfectamente las espaldas en caso de ataque.

— Por todo te doy las gracias ; y ya sólo me resta decirte adiós.

— ¡ Adios!... Adios!!...!

— Pero ¿ qué demonios haces ?

— Voy á echarte la bendición.

— ¡ Bah ! Entre nosotros es ceremonia inútil.

— Dices bien : esto se queda para las personas extrañas.

Y los dos amigos se abrazaron con ternura.

— ¡ Santiago ! — gritó el prior — ¡ Santiago !

Panurgo asomó entre la puerta y la mampara su rostro de gurduña.

— ¡ Cómo ! ¿ Todavía estáis aquí ? — exclamó Chicot.

— ¡ Ah ! Perdonad.

— Partid al momento, porque el señor Briquet tiene mucha prisa, — dijo Gorenflot. — ¿ En dónde está Santiago ?

El hermano Borromeo se presentó á su vez con el semblante tranquilo y la sonrisa en los labios.

— ¿ Y el hermano Santiago ? repitió el prior.

— El hermano Santiago ha partido, — contestó el tesorero.

— ¡ Cómo es eso ! — repuso Chicot

— ¿ Pues no habéis manifestado deseos de que fuese un mensajero al Louvre ?

— Había elegido al efecto al hermano Panurgo, — dijo Gorenflot.

— ¡ Ah, qué torpe soy ! — dijo Borromeo dándose un golpe en la frente ; — había creído que era Santiago el encargado de esa comisión.

Chicot arrugó el entrecejo ; pero el pesar de Borromeo aparentaba ser tan sincero y natural, que le pareció cruel echarle una reprimenda.

— Esperaré, — respondió, — hasta la vuelta de Santiago.

Borromeo se inclinó frunciendo el gesto.

— Á propósito, — dijo, — se me olvidaba anunciar al reverendo padre prior, y aun para eso he subido, que la dama desconocida acaba de llegar y que desea le concedáis audiencia.

Chicot prestó la mayor atención á estas palabras.

— ¿ Está sola ? — preguntó Gorenflot.

— Con un escudero.

— ¿ Es joven ?

Borromeo bajó púdicamente los ojos.

— Bueno ; también hipócrita, — pensó Chicot.

— En efecto, aun parece joven, — murmuró el tesorero.

— Amigo mío, — observó Gorenflot acercándose al falso Roberto Briquet, — ya comprendes...

— Sí, sí, comprendo bien y te dejo, — replicó Chicot; — quiere decir que te aguardaré en otro aposento ó en el claustro.

— ¡ Gracias, gracias, querido amigo !

— De aquí al Louvre hay mucha distancia, caballero, — dijo el hermano Borromeo, — y el hermano Santiago puede acaso tardar mucho, y más si atendemos á que la persona á quien le enviáis no se determinará tal vez á dar una carta tan importante á un joven.

— Esa reflexión viene demasiado tarde, hermano Borromeo.

— ¡ Como nada sabía !... Si se me hubiese confiado...

— ¡ Está bien, está bien ! Iré poco á poco hacia Charentón; el mensajero, sea quien fuere, me encontrará en el camino.

Y diciendo y haciendo se dirigió hacia la escalera.

— No vayáis por ahí, caballero, os lo suplico, — dijo vivamente Borromeo, — porque la dama desconocida sube por ese lado y desea no encontrar alma viviente.

— Tenéis razón, dijo Chicot sonriéndose, — bajaré por la escalerilla.

Y entró por una puerta que comunicaba con un gabinete interior.

— Y yo, — repuso Borromeo, — voy á tener el honor de introducir á la penitente en la estancia del reverendo padre prior.

— Eso, eso, — dijo Gorenflot.

— ¡ Sabéis el camino, señor Briquet ? — preguntó á éste Borromeo.

— Perfectamente, — respondió Chicot desapareciendo en el gabinete.

Á continuación de éste había otro aposento, y al fin de él estaba la escalerilla secreta.

Chicot no había mentido; conocía el camino, pero quedó desorientado en el aposento.

Y esto consistía en que había sufrido una variación completa desde la última visita de Chicot, pues de pacífico que era se había convertido en belicoso; las paredes estaban cubiertas de armas, las mesas y consolas de sables, espadas y pistolas, en todos los ángulos se veían montones de mosquetes y de arcabuces.

Chicot se detuvo un instante en el aposento, porque tenía necesidad de reflexionar.

— Me ocultan á Santiago, me ocultan á la dama, me hacen salir por escaleras secretas para que quede expedita la principal; todo esto quiere decir que desean alejarme del frailecillo y de la dama.

Ahora bien; en buena estrategia, debo hacer precisamente lo contrario de lo que quieren que haga.

En consecuencia, aguardaré á que llegue Santiago, y me colocaré de modo que pueda ver la dama misteriosa.

¡Hola, hola! Hé aquí una cota de malla flexible, fina y de un temple soberbio.

Y levantó la cota para examinarla.

— Precisamente, — prosiguió diciendo, — buscaba yo una que fuese tan fina como una seda; ésta es demasiado estrecha para el prior, y cualquiera diría que se ha hecho para mí: la tomaré por lo tanto prestada á don Modesto, y se la devolveré cuando concluya mi viaje.

Chicot acomodó al punto la cota debajo de la ropilla, y apenas había ajustado la última agujeta,

cuando apareció Borromeo en el umbral de la puerta.

— ¡Oh, oh! ya vuelves otra vez... — murmuró Chicot, — pero llegas un poco tarde.

Y cruzando sus largos brazos é inclinándose hacia atrás, hizo Chicot como que admiraba los trofeos de la habitación.

— ¡Busca el señor Roberto Briquet alguna arma que pueda convenirle? — preguntó Borromeo.

— ¡Yo, amigo mío! — contestó Chicot. — ¿Y para qué quiero yo el arma?

— ¡Oh! cuando uno sabe servirse de ella con tanto acierto.....

— No es más que teoría, querido hermano; teoría y nada más: un pobre paisano como yo puede conservar alguna firmeza en sus brazos y piernas; pero lo que le falta, lo que le faltará siempre es el corazón de un soldado: el florete no se encuentra del todo mal en mi mano; pero podéis creer que Santiago me haría huir desde aquí á Charentón con la punta de su espada.

— Puede ser, contestó Borromeo convencido por el tono natural y sencillo de Chicot, quien, en honor de la verdad, debe decirse que acababa de ponerse

más jorobado, más torcido y más bizco que nunca.

— Además, añadió Chicot, — me suele faltar la respiración, habréis reparado que apenas puedo partir á fondo, porque mis piernas son execrables, lo cual constituye mi mayor defecto.

— Debo haceros observar, sin embargo, que ese defecto es mucho mayor para viajar que para batirse.

— ¡ Ah ! ¿ conque sabéis que viajo ? — replicó Chicot con indiferencia.

— Panurgo me lo ha dicho, — contestó Borromeo poniéndose enceso como un ascua.

— Pues no deja de ser graciosa la ocurrencia, porque no me acuerdo haber hablado de semejante cosa con Panurgo ; pero en fin, importa poco, y no tengo necesidad de ocultarlo. Sí, hermano mío ; voy á emprender un viajecillo hacia mi país, en el cual poseo algunos bienes.

— ¿ Sabéis, señor Briquet, que vais á honrar mucho al hermano Santiago ?

— ¿ Haciendo que me acompañe ?

— Sí, y haciendo que vea al rey.

— Ó á su ayuda de cámara, porque es probable que Santiago no llegue á la estancia del primero.

— ¿ Conque tenéis relaciones en el Louvre ?

— ¡ Oh ! Muchísimas ; como que soy quien abastece al rey y á los jóvenes señores de la corte de medias bien tupidas.

— ¿ Al rey ?

— Ya era parroquiano mío cuando sólo se llamaba duque de Anjou. Á su vuelta de Polonia se acordó de mí, nombrándome abastecedor de la corte.

— Tenéis un magnífico conocimiento, señor Briquet.

— ¿Cuál ? ¿ El de S. M ?

— Sí.

— No todos dicen lo mismo, hermano Borromeo.

— ¡ Ya ! los de la Liga.

— Casi todos pertenecen hoy poco ó mucho á ella.

— Vos no debéis ser muy adicto, á lo que creo.

— ¿ Yo ? ¿ Y por qué ?

— Cuando se conoce personalmente al rey...

— ¡ Bah ! ¡ bah ! Yo tengo mi política como los demás hombres.

— Pero vuestra política está en armonía con la del rey.

— No lo aseguraréis mucho, porque casi siempre estamos disputando.

— ¿Y cómo, siendo así, os confía una misión?

— Una comisión querréis decir.

— Misión ó comisión ¿qué más da? ambas revelan confianza.

— ¡Oh! Todo lo que necesita el rey es que yo sepa tomar bien mis medidas.

— ¿Vuestras medidas?

— Es claro.

— ¿Medidas políticas ó financieras?

— ¡Cá! Medidas de vestidos.

— ¡Cómo! — exclamó Borromeo estupefacto.

— Sin duda, ahora vais á comprenderme.

— Ya os escucho.

— El rey ha ido hace poco en peregrinación á Nuestra Señora de Chartres.

— En efecto: para que el cielo le dé un heredero.

— Precisamente. ¿Y sabéis que existe un medio para obtener el resultado que el rey desea?

— En todo caso, parece que él no emplea ese medio.

— ¡Hermano Borromeo! — exclamó Chicot.

— ¿Qué?

— No ignoráis que se trata de obtener por medio de un milagro, y no de otro modo un heredero de la corona.

— ¿Y de quién se espera ese milagro?

— De Nuestra Señora de Chartres.

— ¡Ah! ¡ah! Ya recuerdo la historia de la camisa.

— ¡Bien, bien! eso es: el rey se ha apoderado de la camisa de la Virgen y se la ha dado á la reina, y ahora quiere devolverle en cambio un manto semejante al de Nuestra Señora de Toledo, que, según dicen, es el más rico que existe en el mundo.

— De modo que vos os dirigís...

— Á Toledo, querido Borromeo, á Toledo para tomar las medidas del mencionado manto y encargar otro igual.

Borromeo quedó pensativo, no sabiendo si debía prestar fe á las palabras de Chicot.

Debemos presumir que nada creyó de cuanto acababa de oír, después de haber dudado largo rato.

— Ya podéis juzgar, — añadió Chicot, haciendo como que no conocía lo que pasaba...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1900. 1925 MONTERREY, MEXICO

del hermano tesorero; — ya podéis juzgar cuán agradable debe ser para mí en estas circunstancias la compañía de un ministro del altar. Pero el tiempo urge, y el hermano Santiago no puede tardar mucho: por otra parte, voy á esperarle afuera, por ejemplo, en la Cruz Faubin.

— Creo que haréis bien, — dijo Borromeo.

— Espero que tendréis la bondad de advertírselo cuando llegue.

— Con mucho gusto.

— ¿Y me lo enviaréis?

— Sin la menor tardanza.

— Mil gracias, hermano Borromeo; no sabéis cuánto celebro el haberos conocido.

Los dos se saludaron, y Chicot bajó por la escalera secreta; Borromeo echó inmediatamente los cerrojos á la puerta.

— Vamos, vamos, — dijo el primero, — ya conozco que, según parece, es de gran importancia que yo no vea á la dama: por consiguiente, es preciso verla.

Y á fin de ejecutar su proyecto, salió del priorato de los Dominicos á vista de todos, y habló un momento con el hermano portero, dirigiéndose en

seguida hacia la Cruz Faubin por medio del camino.

Pero una vez llegado á ella, desapareció entre el ángulo de la pared de una granja, y conociendo que desde allí podía desafiar á todos los argos del prior, aun cuando tuviesen, como Borromeo, ojos de halcón, se deslizó poco á poco arrimado á los edificios, siguió por el foso un vallado de forma circular, y llegó sin ser sentido hasta un seto de ojaranzos bastante espeso que se extendía precisamente hasta enfrente del convento.

Llegado á ese punto que le presentaba un centro de observación tan seguro como podía esperarlo, se sentó, ó más bien se acostó esperando á que el hermano Santiago volviese al convento, y á que saliese de éste la dama misteriosa.